

En busca de la obra de arte total*

Isabel de Armas

Los modernistas no lo entendieron, los novecentistas lo rechazaron y los vanguardistas le tuvieron un cierto respeto pero no más. Setenta y seis años después de su muerte el panorama ha cambiado del todo, y la obra del arquitecto catalán Antoni Gaudí se ha transformado en un gran fenómeno social. Hoy, cuando se cumplen 150 años de su nacimiento, se le rinde homenaje con exposiciones, conferencias, seminarios, espectáculos y publicaciones destinados a acercar al público la vida y la obra de un indiscutible genio, considerado como un hombre cuasi sagrado. Daniel Giralt-Miracle, comisario general del «Año Internacional Gaudí», destaca en el libro *Gaudí 2002. Miscelánea*, editado por Planeta, que en este singular arquitecto coinciden un grado de ruptura respecto a la tradición histórica (neoclasicismos, neorabismos, neomedievalismos, neobarroquismos, etc.), con una decidida voluntad de replantear el fondo y la forma de lo arquitectónico, siempre desde una dimensión estética y funcional, lo que le lleva a orientar su obra hacia lo que más tarde serían los ideales de las vanguardias, especialmente las arquitectónicas. «Fueron Le Corbusier, Josep Lluís Sert, Walter Gropius, etc. –dice Giralt–, quienes primero descubrieron que no todo en la obra de Gaudí es forma, que sus propuestas van más allá del ornamento y que lo que realmente le preocupaba es el espacio, la geometría, la estructura, la construcción, conceptos que Gaudí puso al servicio del arte, puesto que lo que perseguía era conseguir una obra de arte total». De este constante y esforzado intento por conseguir una obra de arte total nos hablan las numerosas y variadas publicaciones que distintas editoriales han dedicado a Antoni Gaudí en el 150 aniversario de su nacimiento y a su genial arquitectura, tan llena de magnetismo y seducción, porque como él mismo dijo: «Toda obra de arte debe ser seductora; cuando por una rebuscada originalidad se pierde la cualidad de seducción, no se produce obra de arte».

* La lección de Gaudí, Carlos Flores, Espasa Calpe, Madrid, 2002; Antoni Gaudí: Escritos y documentos, Laura Mercader, El acantilado, Barcelona, 2002; Gaudí. El arquitecto de Dios, J. J. Navarro Arisa, Planeta, Barcelona, 2002; Antoni Gaudí, Gijs van Hensbergen, Plaza & Janés, Barcelona, 2002.

De los trabajos que a continuación comentamos, hay que destacar que el de Carlos Flores es el libro de un arquitecto especialista en la obra de Gaudí y profundo conocedor de la misma. Por esto se ocupa del personaje desde un punto de vista intelectual y centra su reflexión en los aspectos lógicos y metodológicos de su obra. J. J. Navarro Arisa, por su parte, ha realizado un trabajo fundamentalmente divulgativo, dirigido a los lectores que conocen poco al famoso arquitecto y su obra; también resulta muy útil para escolares, ya que de forma amena y ordenada pueden introducirse en la enigmática y siempre sorprendente arquitectura del creador catalán. G. van Hensbergen se adelantó un año con su hermosa biografía, ya que desde 2001 podemos disfrutar de su lectura, y en la actualidad en una nueva y económica edición de bolsillo. También en 2001 se publicaron otros dos libros de marcado interés: *Gaudí. La arquitectura del espíritu*, de Juan Bassegoda (Salvat) y *Gaudí. De piedra y fuego*, de Ana María Ferrín (Jaraquemada Editores). Finalmente, los *Escritos y documentos* editados por Laura Mercader, son de un gran valor, más aún si tenemos en cuenta que durante nuestra guerra civil de 1936, los archivos personales y de trabajo del arquitecto catalán se quemaron. La tarea de Mercader ha consistido en poner en orden y anotar con todo rigor los dispersos escritos de juventud del artista. En ellos Gaudí manifiesta una serie de intereses y puntos de vista bastante tópicos y tradicionales, postura que contrasta abiertamente con la visión que tenemos del genio catalán predecesor de la arquitectura moderna.

Del sólido y precioso libro de Carlos Flores, es de destacar su intención básica de ayudar a descubrir, más que la «lección», «las lecciones de Gaudí», a través del conjunto de luces y sombras –sin duda siempre más luces que sombras– que iluminaron u oscurecieron, a lo largo de los años, su trabajo y su vida.

Lo primero que Flores quiere dejar claro –y en este empeño lleva ya cuarenta años– es que su personaje era mucho más que un simple buscador o creador de formas, y hace todo por rescatarlo de su papel de «raro» para subrayar cuánto de racional y lógico existía tras aquellas formas impactantes. A través de sus páginas contribuye, de forma seria y eficaz, a explicar a este Gaudí sistemático y metódico –pero también contradictorio y complejo–, y a descifrar una arquitectura a veces transparente y en ocasiones tan enigmática como su propia personalidad.

Para entender un poco más al personaje que nos ocupa es especialmente importante no dejar de ligarle al momento histórico que le tocó vivir. En 1878 finalizaba sus estudios en la Escuela de Arquitectura, y por aquel entonces una idea que protagonizaba entre los nuevos creadores era que el arte tenía que ser ecléctico, confundiéndose en él los elementos de todos los

estilos para producir composiciones híbridas. Era una situación dominante en Europa, y la que le hizo escribir a Baudelaire: «Nos encontramos con el ecléctico que no tiene brújulas ni estrellas (...). Un ecléctico es una nave que podría seguir navegando aunque soplaran cuatro vientos encontrados».

Durante la última década del siglo XIX y la primera del XX irán apareciendo en distintos países europeos una serie de movimientos artísticos que coincidirán en su voluntad de hallar nuevas formas expresivas. Como los más destacados hay que citar: el *Art Nouveau*, belga y francés; la *Secession* vienesa; el *Liberty*, italiano; el *Jugendstil*, alemán; el *Modern Style* de ámbito anglosajón y, en el tema que tratamos, no podemos dejar de mencionar el *Modernismo catalán*. Son los *Estilos 1900*, considerados como un conjunto hasta cierto punto homogéneo y coherente dentro de su individualidad. Además de su intención claramente rupturista, cuentan con cinco puntos que comparten:

1. Un decidido anticlasicismo, residuos del romanticismo, subjetivismo y lirismo, como parte de una afirmación de la libertad del artista.
2. Importancia del papel concedido al color, con una utilización amplia del tema floral.
3. Incorporación plena de las artes aplicadas y los oficios artísticos, componentes básicos de una arquitectura de clara tendencia ornamental.
4. Presencia de una acusada variedad de texturas y materiales, dando lugar a nuevos contrastes y calidades, así como a efectos plásticos de acentuada originalidad.
5. Reflejo de un cierto sentimiento de euforia que podría reflejar tanto la situación personal de su autor como la confianza de la sociedad en un «progreso» cuyo desarrollo futuro se presentaba como inevitable y casi «ilimitado».

Teniendo en cuenta estos datos, Carlos Flores afirma que Gaudí se adelantó a todos los *Estilos 1900* con tres trabajos considerados como «obras manifiesto» gaudianas, verdaderas pioneras o adelantadas: la Casa Vicens, la Villa *El Capricho* y los pabellones de la Finca Güell. «Existen motivos suficientes –añade el mismo autor– para señalar la aparición con ellas de una nueva visión de arquitectura no imitativa, no historicista, no ecléctica y sin duda alguna también anticlásica». De las tres, considera que la Casa Vicens es la obra más emblemática. «Varios años antes que los poetas y los pintores –comenta–, antes que cualquiera de los arquitectos de su tiempo, el joven Gaudí había sabido crear ese clima vital que habría de ser, en gran medida, el clima del Modernismo».

Desde el principio hasta el final de su carrera profesional, Gaudí sabe poner su sello personal en lo grande y lo pequeño de todas sus realizaciones. Carlos Flores lo cuenta maravillosamente bien en su libro, cuando nos habla de los acabados de las azoteas, de la utilización del *trencadís*, del despliegue cromático, de lo «curvo» generalizado o del «espacio-cueva», que ayuda a crear un clima de ensueño y maravilla, al tiempo que deja en el observador una extraña impresión agridulce y desasosegante.

El maestro prestará una atención especial al remate de cada edificio. «No sólo se preocupaba de la terminación de la planta de cubiertas –comenta Flores– sino que con frecuencia hará de ellas uno de los puntos culminantes de su arquitectura». Plantea un espectacular despliegue plástico otorgando singular protagonismo a elementos estrictamente funcionales como las chimeneas de ventilación y salidas de humos.

El *trencadís* o cerámica fragmentada, material de luminoso revestimiento tan gaudiano, llega a su colmo de la expresividad con la entrada en juego de Josep M.^a Jujol, discípulo y más tarde el más estrecho colaborador del Maestro. Dentro de sus composiciones, Jujol utilizaría los elementos más heterogéneos: fragmentos de muñecas de porcelana y de cristalerías y vajillas domésticas, de candelabros de vidrio e incluso trozos de cascarón de huevos de avestruz, además de otros innumerables elementos de desecho con los que sería capaz de crear *collages* de un indiscutible interés plástico.

De la elección de lo curvo como criterio compositivo dominante, Flores apunta la proximidad a algunos de los Estilos 1900 europeos y de modo especial al *Art Nouveau* francobelga o a los secesionistas vieneses. Subraya, sin embargo, cómo esa alegría panteísta, ese optimismo vital, confiado y despreocupado que parece desprenderse de ellos, no acaba nunca de darse en estado puro en la arquitectura del artista catalán, en la que, según su criterio, se verán siempre reflejadas las tensiones interiores de su torturada y hermética personalidad.

Todos sus biógrafos coinciden, más o menos, en resaltar esta faceta de personalidad compleja, llena de contrastes y altibajos. J. J. Navarro Arisa comenta que de él se ha dicho, alternativamente, que era humilde y altivo, entrañable y misántropo, desaliñado y propenso al dandysmo, obsesionado con la religión y secretamente descreído, masoquista y místico, riguroso e improvisador, bondadoso e irascible, reprimido y apasionado, santo milagrero y adorador clandestino de Satanás, masón e integrista católico, racionalista y aficionado a los hongos alucinógenos. «Algunos de estos adjetivos –comenta J. J. Navarro– son erróneos o exagerados, pero no cabe duda de que muchos de ellos describen con precisión algún periodo de la existencia gaudiana».